

## Florecimiento humano

Araceli Damián\*

En una sociedad ideal las personas podrían dedicarse de tiempo completo a desarrollar sus capacidades y potenciales humanos mediante la realización de una actividad creadora. Sin embargo, en el actual sistema capitalista (e incluso en lo que fue y ha sido el socialismo realmente existente) muy pocos tienen empleos en los que pueden desarrollar sus capacidades y potencialidades humanas, lo que Julio Boltvinik y otros autores han llamado el florecimiento humano.

Uno de los obstáculos fundamentales es la necesidad que tiene la mayoría de los individuos de trabajar para generar un ingreso que les permita sobrevivir y, cuando esto se logra, por lo general se trata de empleos rutinarios y/o físicos y humanamente desgastantes. La mayoría de los trabajadores tiene empleos con largas y mal remuneradas jornadas laborales. El ingreso obtenido solo les sirve para mal vivir o no morir de hambre. Unos cuantos logran alcanzar el florecimiento humano a pesar de las limitaciones que les impone el sistema.

Uno de los ejemplos más emblemáticos es el del Premio Nobel en Física, Albert Einstein, quien trabajaba como burócrata en una oficina de patentes cuando publicó su artículo sobre la teoría de la relatividad que revolucionaría la forma como concebimos el mundo. Gracias al éxito obtenido con su teoría, alcanzó el reconocimiento académico que le permitió tener un puesto de profesor universitario y así seguir desarrollando su pensamiento.

En cambio existen otros ejemplos de cómo el sistema destruye las capacidades humanas cuando obliga a los individuos a dedicarse de tiempo completo a actividades monótonas y rutinarias. En esta situación estuvo Franz Kafka, quien tenía un empleo de burócrata con horario matutino, lo que le permitía tener las tardes libres para dedicarse a escribir. En vida no logró el éxito que le hubiera permitido dedicarse de tiempo completo a su obra. Por el contrario, le fue extendida la jornada laboral de tal manera que no pudo seguir escribiendo por las tardes y terminó muriendo de tristeza.

Pero los obstáculos para desarrollar nuestras capacidades no se derivan sólo del mundo laboral, sino también de la formación que se nos impone desde niños. La

producción industrial obligó a establecer la educación estandarizada, que tiene como fin último crear trabajadores obedientes, capaces de seguir instrucciones, leer manuales y ser fieles a los patrones y a la patria, concepto este último caduco si consideramos que todos somos ciudadanos del mundo.

Para la mayoría de quienes están a cargo del diseño de los programas educativos, la capacidad creativa poco importa y, cuando ésta se manifiesta, tiende a ser reprimida por profesores mal pagados con poca sensibilidad ante la inmensidad de la capacidad humana creadora. El sistema competitivo, por otra parte, es introyectado desde temprana edad para acostumbrarnos desde la niñez a aceptar que las “recompensas” son sólo para unos cuantos que la “merecen”. Sucede que esos cuantos suelen pertenecer a las clases privilegiadas, educadas para reproducir el mismo sistema jerárquico y de explotación.

La posibilidad de desarrollar la capacidad creadora desde temprana edad está comprobada con músicos como Wolfgang Amadeus Mozart quien desde los cinco años escribió sus primeras composiciones. Hijo de un músico y compositor de la corte que también fue un gran maestro de música, y procuró el desarrollo musical de su hijo desde muy pequeño, Mozart alcanzó el grado de excelencia que permite que nos sigamos deleitando con su obra.

También tenemos ejemplos contemporáneos maravillosos, como el del joven e internacionalmente afamado director de orquesta, Gustavo Dudamel, quien perteneció al Programa de Orquestas Juveniles de Venezuela, instituido hace treinta años por el músico y compositor José Antonio Abreu. Este programa ofrece los medios para que jóvenes de bajos recursos o de clase media tengan una educación musical de alto nivel. Su éxito no sólo se refleja en el ámbito musical, sino también en el humano y social, porque ha permitido que jóvenes expuestos a la pobreza y la violencia se dediquen a una de las actividades más elevadas que puede desarrollar el ser humano, equiparable solamente con la filosofía según los griegos.

En México también tenemos ejemplos del desarrollo temprano de capacidades. El gran muralista Diego Rivera inicia su educación artística en la Academia de San Carlos a la edad de diez años. Con espíritu rebelde, se opone a sus padres que lo

habían inscrito en la escuela militar y se incorpora formalmente como estudiante de la Academia. Gracias a ello podemos disfrutar de su magna obra reflejada en miles de metros cuadrados de maravillosos murales y centenares de cuadros.

Pero mientras que Mozart y Diego Rivera tuvieron familias con la capacidad económica para permitirles desarrollar sus capacidades (Rivera desciende de familias mineras de Guanajuato) y Dudamel contó con el apoyo de un gobierno que tuvo un Ministro de Cultura con gran visión, la miseria de nuestro sistema cobró la vida de un gran novelista como Kafka. ¿Cuántos habrán muerto sin saber siquiera que contaban con una gran capacidad creativa?

En México no existe interés gubernamental para desarrollar las más altas capacidades humanas y a nivel mundial son muy pocos los gobiernos que tienen programas masivos con este fin. Para que podamos tener una sociedad dedicada al buen vivir, alejado de la violencia que corroe nuestras sociedades cada día, es necesario que el sistema capitalista mundial se transforme. No se necesita un cambio radical, sino garantizar un ingreso ciudadano universal que permita a los seres humanos liberarse del yugo de la necesidad y del hambre. Gobiernos y empresarios no pueden seguir ignorando esta realidad. Finalmente, todos somos hijos de la tierra y merecemos disfrutar de los beneficios que actualmente gozan sólo quienes se han apoderado de ella.

El Colegio de México, [adamian@colmex.mx](mailto:adamian@colmex.mx)